

Tambien se efectuaron algunos desafíos entre las tropas tlaxcaltecas y aztecas. Los capitanes de unas y otras, se retaban para combatir con igual número de escuadrones, y todos mostraban en la lucha, el odio que se profesaban y el notable valor que les distinguia (1).

Pocos momentos antes de que Hernan Cortés se dispusiese á dejar la ciudad de Tacuba, se presentaron algunos escuadrones mejicanos retándole á combate. La accion empezó dando la caballería una terrible carga sobre los aztecas. La infantería, descargando sus arcabuces y acometiendo con sus espadas, se metió entre las filas contrarias. Los mejicanos emprendieron la retirada hácia Méjico, tratando de atraer á los españoles á un sitio peligroso. El general castellano y sus soldados siguieron el alcance, sin comprender el ardid de sus enemigos, y avanzaron dejando abandonados sus trenes, sus bagajes, sus municiones y sus cañones. Los aztecas continuaron su retirada; y los que les perseguian, llegaron á pasar el primer puente que estaba ya compuesto, y que en la Noche Triste salvó Pedro de Alvarado, apoyándose en su lanza. Al verlos en el sitio que anhelaban, los mejicanos volvieron caras, y se arrojaron sobre los castellanos, que se vie-

(1) «En seis dias que estuvimos en esta ciudad de Tacuba, ninguno hobo en que tuviésemos muchos reencuentros y escaramuzas con los enemigos. E los capitanes de la gente de Tascaltecal y los suyos hacian muchos desafíos con los de Tenuxtitan, y peleaban los unos con los otros muy hermosamente, y pasaban entre ellos muchas razones, amenazándose los unos con los otros, y diciéndose muchas injurias, que sin duda era cosa para ver.»—Tercera carta de Cortés.

ron rodeados de escuadrones enemigos de todos lados. Numerosos batallones les cerraban la retirada; y la parte de la calzada á cuyos lados se extendia la laguna, se vió de repente llena de canoas cubiertas de guerreros que disparaban sus armas sin poder ser acometidos. Hernan Cortés comprendió entonces que habia cometido una imprudencia, y trató de abrirse paso para emprender la retirada. Los mejicanos, conociendo que luchando con decision, lograrían apoderarse del caudillo español y alcanzar un triunfo completo, se lanzaron sobre la caballería armados de largas lanzas, en cuyos remates estaban sujetas las hojas de las espadas cogidas á los castellanos, mientras de las azoteas de las casas caia una incesante lluvia de piedras y de flechas. La ruina de los españoles parecia segura. Acometidos por inmensas masas de guerreros, no podian ni aun moverse. Espantoso era el ímpetu de aquel oleaje de gente que se precipitaba con furia espantosa sobre sus contrarios, dando horribles alaridos y haciendo resonar sus instrumentos bélicos. Un valiente caballero llamado Juan Volante, que era el abanderado, trató de resistir el choque de un numeroso cuerpo de aztecas que le atacaba, anhelando apoderarse de él y de su estandarte. El bravo oficial, acompañado de algunos soldados, luchaba con denuedo. Herido gravemente en aquellos instantes y empujado por la multitud, cayó del puente á la laguna con la bandera. Varias canoas, llenas de guerreros, se acercaron para hacerle prisionero, y aun llegaron á asirle; pero hombre de extraordinaria fuerza y de levantado espíritu, logró desprenderse de sus contrarios, matando á algunos, y saliendo á tierra sin abandonar la bandera, siguió luchando al lado de sus

compañeros (1). Hernan Cortés, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y otros capitanes, acometían sin descanso á los escuadrones, que les cerraban el paso, mientras la infantería, dando siempre frente al enemigo, se retiraba paso á paso, deteniéndose de vez en cuando á pié firme para tener á raya á los batallones aztecas, descargando unos los arcabuces y ballestas, mientras otras cargaban, y los de espada y rodela formaban una muralla impenetrable. De esta manera, retrayéndose y combatiendo sin descanso, llegaron al fin á tierra firme los españoles, no sin haber tenido bastantes heridos. Al verse fuera de la peligrosa calzada, Hernan Cortés dió sinceras gracias á Dios, pues consideraba como un milagro el haber salido felizmente de la terrible celada en que habia caído (2). Fué una imprudencia la que cometió, muy extraña en él, que era cauto y previsor y conocia la astuta táctica de los sagaces y valientes aztecas.

Sin embargo, algo hay que hace disculpable el descuido de ese momento. Su objeto, al detenerse en Tacuba ha-

(1) «E un alférez que llevaba una bandera, por sostener el gran ímpetu de los contrarios le hirieron muy malamente y cayó con su bandera desde la puente abajo en el agua, y estuvo en ventura de no se ahogar; y le tenían ya asido los mejicanos para le meter en unas canoas, y él fué tan esforzado que se escapó con su bandera... que se decia Juan Volante, que era un hidalgo y hombre muy esforzado, y como tal se mostró aquella vez y otras muchas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Mandó que todos se retrajesen; y con el mayor concierto que pudo, y no vueltas las espaldas, sino los rostros á los contrarios, pié contra pié, como quien hace represas, y los ballesteros y escopeteros unos armando y otros tirando, y los de á caballo haciendo algunas arremetidas... y desta manera se escapó Cortés aquella vez del poder de Méjico, y cuando se vió en tierra firme, dió muchas gracias á Dios.»—El mismo.

bia sido ver si conseguia entablar contestaciones para un arreglo amistoso con el emperador mejicano Guatemotzin. Varias veces habia penetrado á las calzadas en los anteriores dias, persiguiendo á sus contrarios, sin que hubiese sufrido el mas leve contratiempo (1). En todas ellas esperaba recibir alguna invitacion de arreglo de parte del monarca azteca; pero en vez de proposiciones de paz, solo escuchaba de los guerreros palabras que indicaban que solo se pensaba en la guerra: «Entrad, entrad á divertirnos,» le decian con ironia, indicándole desde el lado opuesto de los puentes y de las zanjas, que pasase á la ciudad. «¿Pensais, añadian luego con severidad, que nos gobierna otro Moteczuma, para que os complazca en todo? (2)» Hernan Cortés, no perdiendo la esperanza de atraer á los gobernantes á un arreglo, se acercó una de las veces que penetró en las calzadas, á uno de los puentes, haciendo señas á los suyos para que suspendieran toda hostilidad. El campo español quedó en el mayor silencio. Los jefes aztecas, que se hallaban al opuesto lado, viendo que trataba de hablarles, pues se acercó acompañado de los intérpretes Gerónimo de Aguilar y de Marina, ordenaron á los suyos que permaneciesen quietos. Las voces y el ruido de las armas cesó inmediatamente. El caudillo español, preguntó entonces si habia por allí cerca algun jefe principal, pues deseaba ha-

(1) «Porque muchas veces les entrábamos por las calzadas y puentes de la ciudad, aunque como tenían tantas defensas, nos resistían fuertemente.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «E muchas veces fingian que nos daban lugar para que entrásemos dentro, diciéndonos: «Pensais que hay agora otro Muteczuma, para que haga todo lo que quisiéredes?»—El mismo.

blar con él. «Todos los que aquí están y veis con las armas en la mano, respondieron los aztecas, son señores principales; podeis, por lo mismo, hablar lo que gustéis (1).» Hernan Cortés no contestó. Las palabras que acababa de escuchar, le convencieron de que era inútil todo empeño por un arreglo conciliador. Viendo, pues, que era inútil su permanencia en Tacuba, dispuso dar la vuelta á Texcoco para activar los aprestos contra la capital.

No habia mas solucion que la de las armas, y se resolvió á valerse de ellas para apoderarse de Méjico. Su expedicion de reconocimiento le fué altamente provechosa. Vió que, á pesar de las muchas ciudades que se habian sustraído de la obediencia del emperador azteca, contaba éste con numerosos y aguerridos ejércitos, que luchaban con decision y arrojo. Cierto es que en todas las acciones campales habia salido vencedor; pero tambien era verdad que en ellas los mejicanos se batian con un valor y entusiasmo notables. Respecto de la ciudad, habia encontrado aumentadas considerablemente sus fortificaciones, y estaba convencido, por experiencia, de que no era dable apoderarse de ella sino despues de un sitio prolongado y de sufrir grandes pérdidas.

(1) «Y estando en estas pláticas, yo me llegué una vez cerca de una puente que tenian quitada, y estando ellos de la otra parte, hice señal á los nuestros que estuviesen quedos; y ellos tambien, como vieron que yo les queria hablar, hicieron callar á su gente, y díjeles que ¿por qué eran locos y querian ser destruidos? Y si habia allí entre ellos algun señor principal de los de la ciudad, que se llegase allí, porque le queria hablar. Y ellos me respondieron que toda aquella multitud de gente de guerra que por allí veía, que todos eran señores; por tanto, que dijese lo que queria.»—Tercera carta de Cortés.

El peligro último en que se habia visto al caer en la celada, y los numerosos escuadrones que sobre él y su gente cayeron, presentándose de repente, como si hubieran sido brotados de la tierra, le hizo comprender que aquellas luchas se repetirían en cada casa, en cada calle, en cada acequia, en cada puente de la ciudad.

Las dificultades para apoderarse de ella serian mayores cada dia que transcurriese sin combatirla. Guatemotzin, resuelto á defenderla, hasta vencer ó morir, hacia levantar nuevos parapetos y abrir nuevas zanjas, que la hiciesen inexpugnable. Se preparaba para una resistencia heroica. Hernan Cortés quiso acabar sus preparativos para obligarle á rendirse.

No teniendo ya objeto la permanencia de las tropas españolas en Tacuba, se emprendió la marcha hácia Texcoco, por el mismo camino que habian llevado. Los mejicanos, creyendo que la partida de los extranjeros reconocia por origen el miedo y que era una fuga declarada, salieron en su persecucion, dando horrendos alaridos y arrojando sobre ellos una incesante lluvia de flechas y de piedras. El número de guerreros iba aumentando á medida que pasaban por algunos pueblos, cuyos habitantes se unian á los que iban picando la retaguardia.

Queriendo Hernan Cortés dar una dura leccion á los que marchaban molestándoles con sus gritos y con sus flechas, ocurrió á una estratagema. Mandó hacer alto en un punto conveniente, como para descansar un instante. Emboscó á veinte soldados de caballería en diversos puntos, entre los matorrales que habia junto al camino, dividiéndoles en cuatro grupos, dos de á seis, uno de á cinco

y otro de tres, en el cual quedaba el mismo general. Ordenó á la infantería que continuase su marcha sin detenerse, y que otros cinco ginetes, que aun quedaban á la columna, fuesen en la retaguardia, á fin de que los aztecas creyesen que delante iban los demás. Cuando los mejicanos hubiesen pasado el sitio de la emboscada, los ginetes, colocados en la celada, debian arrojarlos sobre ellos al oír la voz de «Santiago» que daría Cortés. El ardid salió como se habia propuesto el jefe español. Los indios, sin sospechar el lazo que les habian tendido, siguieron molestando á la retaguardia, pasando por donde estaba la fuerza emboscada. Entonces, á la señal convenida, salieron los ginetes de los matorrales, arrojándose sobre los escuadrones aztecas que, sorprendidos por el inesperado y brusco ataque, emprendieron la fuga en completo desorden. Por desgracia de ellos, se hallaban en una extensa llanura, donde la caballería podia obrar libremente. Por espacio de dos leguas fueron perseguidos, pereciendo gran número de ellos, atropellados por los corceles y á los golpes de las armas de los ligeros tlaxcaltecas (1).

Temiendo la repetición del sangriento golpe sufrido, los mejicanos no volvieron á molestar en su marcha á los españoles. A la caída del sol, llegó el ejército á la ciudad de Oculman. Era, segun asegura Cortés, una «preciosa población» llena de vida y de comercio (2). Distaba dos

(1) «E como fué tiempo salimos, y comenzamos á lancear en ellos, y duró el alcance cerca de dos leguas todas llanas como la palma, que fué muy hermosa cosa; y así murieron muchos dellos de nuestras manos y de los indios nuestros amigos.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Aquella noche dormimos en una gentil población, que se dice Aculman.»—Idem.

leguas de Texcoco, y sus casas y sus jardines eran notables por su belleza y capacidad. Actualmente es un pueblo de poca importancia y pobre, donde solo llama la atención la hermosa iglesia que cuenta (1).

Al siguiente día partió el general español, al frente de sus tropas hácia Texcoco. Salió á recibirle Gonzalo de Sandoval con varios oficiales y soldados, así como el joven señor del reino Fernando Ixtlilxochitl acompañado de la nobleza. Grande fué el regocijo que causó la llegada de Cortés, pues durante su ausencia, que duró quince días, ninguna noticia se habia tenido de su expedición.

Los jefes tlaxcaltecas, despues de haber descansado un día en la ciudad, pidieron licencia al general castellano para volver con su gente á Tlaxcala y llevar el rico botín que habian adquirido en la campaña contra los mejicanos, prometiendo volver cuando se les llamase. Dada la licencia, partieron llenos de alegría para su patria, saliendo de la población dando vivas á Castilla y á Tlaxcala (2).

Dos días llevaba Hernán Cortés de haber llegado á Texcoco, cuando recibió una embajada de los señores y de la nobleza de Chalco, solicitando su auxilio contra las tropas mejicanas. El jefe español, deseoso de servir á sus aliados, y conociendo la importancia que tenia la provincia, no so-

(1) La ruina de Oculman reconoce por causa el haberse hecho en ella una presa para libertar á Méjico de las inundaciones y echarle una compuerta en la estación de lluvias que empieza en Junio y acaba en los primeros días de Octubre.

(2) «E otro día que hobimos llegado, los señores y capitanes de la gente de Tascaltecal me pidieron licencia, y se partieron para su tierra muy contentos y con algun despojo de los enemigos.»—Tercera carta de Cortés.

lo por los productos de su suelo y su excelente posición en el valle, sino por el crecido número de habitantes que tenía, envió á Gonzalo de Sandoval con trescientos infantes y veinte soldados de caballería. Aunque conocía las bellas cualidades que adornaban al pundonoroso caballero, le encargó, encarecidamente, que auxiliase eficazmente á los que habían solicitado su amparo, pues en ello se prestaba un servicio al rey y á la causa del cristianismo.

Partió el jóven capitán pocos momentos después de haber recibido la órden, y se presentó en Chalco, donde fué recibido con las demostraciones mas vivas de júbilo por la nobleza y el pueblo. Grata fué su sorpresa al encontrar en la ciudad numerosas tropas de Huexotzinco y de Quauhquechollan, que los señores de esas provincias habían enviado en socorro de los chalqueños. Esto le probó que la alianza establecida por Cortés entre los Estados antes rivales, era firme y sincera.

1521. Informado Gonzalo de Sandoval, por los señores de Chalco, de que el daño principal lo recibían de las tropas mejicanas que estaban en Huastepec, determinó ir á combatirles á donde estaban. Era Huastepec una ciudad pintoresca, situada sobre una alta montaña, á cinco leguas al Mediodía de Chalco. Salió Sandoval el 12 de Marzo de 1521, al frente de sus compatriotas y apoyado por las fuerzas auxiliares, hácia la expresada población. Poco antes de llegar á ella, encontró á los mejicanos esperándole, formados en batalla. El terreno que habían escogido, con objeto de evitar las cargas de caballería, era fragoso y cubierto de magueyales. El entendido capitán español, colocó delante á los arcabuceros, que eran

diez; y alternando con ellos, puso otro número igual que llevaba de ballesteros. Los soldados de espada y rodela marchaban en seguida; y los ginetes, colocados de tres en tres, se hallaban distribuidos en los flancos. Las fuerzas auxiliares marchaban divididas en varios escuadrones. Al encontrarse á poca distancia de los mejicanos, Sandoval dió el grito de «Santiago y á ellos,» y acometió con la caballería los puntos accesibles, mientras la infantería y los aliados, atacaban los sitios mas pedregosos. Los aztecas, á pesar de la buena posición que ocupaban, se vieron precisados á abandonarla; pero resueltos á oponer una resistencia vigorosa, se detuvieron en otro punto aun mas escabroso. Allí se renovó con mas vigor la lucha. Gonzalo de Sandoval, resuelto á alcanzar la victoria, ordenó que la caballería, los infantes y los escuadrones de los aliados, acometiesen á un tiempo al enemigo. La disposición fué ejecutada; y los aztecas, no pudiendo resistir el choque, emprendieron la retirada. La caballería marchó en su persecución; pero el sitio era escabroso, y los corceles corrían con dificultad. Uno de ellos, el mas ligero y brioso, que se había adelantado á los demás, cayó á tierra, á causa de las sinuosidades del terreno, cogiendo debajo al caballero que lo montaba. Se llamaba éste Gonzalo Dominguez, considerado en el ejército como uno de los soldados de mayor esfuerzo, á la vez que como uno de los mejores ginetes. El golpe fué terrible; y pocos dias después murió el valiente militar, causando su muerte profunda pena en sus compañeros de armas, que le estimaban no menos que á Cristóbal de Olid y Gonzalo de Sandoval (1).

(1) Rodó el caballo y tomólo debajo, y dende á pocos dias murió de aque-
TOMO III 82

Alcanzada la victoria, siguieron los españoles su marcha hácia Huastepc; pero antes de llegar á la ciudad, salió á disputarles el paso un ejército de quince mil aztecas. Vencidos los mejicanos, despues de un reñido combate, se retiraron á la ciudad, de donde tambien fueron arrojados.

Gonzalo de Sandoval alojó su tropa en un vasto edificio de la poblacion, colocando centinelas en diversos puntos, guardando las precauciones acostumbradas por Hernan Cortés. Los soldados de caballería habian desmontado de sus corceles para darles de comer, y la infantería empezaba á tomar algun alimento. En aquellos momentos se presentaron dos vigilantes, que se habian colocado en un sitio avanzado, anunciando que los mejicanos se acercaban en gran número. Inmediatamente montaron los ginetes y se puso todo el ejército en disposicion de recibir á sus contrarios. La lucha fué corta, pero sangrienta. Los aztecas, acometidos por los ginetes en terreno plano, y acuchillados por la infantería, se pusieron en precipitada fuga, dejando las calles sembradas de cadáveres. Gonzalo de Sandoval salió tras de ellos, persiguiéndoles por espacio de una legua, y volvió á la ciudad contento de haber alcanzado una completa victoria.

Era entonces Huastepc una ciudad de importancia, así por las exquisitas manufacturas de algodón que en ella se hacian, como por el activo comercio que tenia con los pue-

lla mala caída... Este Gonzalo Dominguez era uno de los mejores ginetes y esforzado que Cortés habia traído en nuestra compañía; y teníamosle en tanto en las guerras, por su esfuerzo, como al Cristóbal de Olí y á Gonzalo de Sandoval; por la cual muerte hubo mucho sentimiento entre todos nosotros.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

blo comarcanos. En ella habian tenido constantemente los mejicanos una fuerte guarnicion que amenazaba de continuo á las poblaciones de las provincias próximas, que se habian aliado á los españoles. Los edificios eran sólidos y espaciosos; pero el mas notable era el del señor de la misma ciudad, en que se alojó Sandoval con su tropa. Estaba situado en un magnífico jardín, que llamó singularmente la atención de los castellanos, y que rivalizaba con los justamente celebrados que embellecian la pintoresca poblacion de Iztapalapan. Tenia dos leguas de circunferencia, y en él se encontraban reunidas las variadas flores de los diversos reinos del Anáhuac. Árboles frutales, exquisitas plantas aromáticas y medicinales; espaciosos estanques, en cuyas cristalinas aguas cruzaban millares de peces de colores; graciosas fuentes sombreadas por las ramas de gigantescos ahuehuetes; raras y apreciables yerbas medicinales, pintorescas habitaciones semiocultas entre el verde follaje de los copudos fresnos, y espaciosas pajareras en que se hallaban las preciosas aves de brillante plumaje que pueblan los espesos bosques de la América, se veian en aquel delicioso jardín (1).

(1) Hernan Cortés, que pocos dias despues visitó la ciudad, dice lo siguiente, al hablar del referido jardín: «La cual huerta es la mayor y mas hermosa y fresca que nunca se vió, porque tiene dos leguas de circuito, y por medio della va una muy gentil ribera de agua, y de trecho á trecho, cantidad de dos tiros de ballesta, hay aposentamientos y jardines muy frescos, y infinitos árboles de diversas frutas, y muchas yerbas y flores olorosas; que cierto es cosa de admiracion ver la gentileza y grandeza de toda esta huerta.»—Tercera carta de Cortés.

Bernal Diaz, hablando de la misma huerta dice, que era «la mas hermosa y de mayores edificios y cosa mucho de admirar que se habia visto en la Nueva-